

UNIVERSIDAD PONTIFICIA DE COMILLAS

Instituto Universitario de la Familia

“LA EUCARISTÍA Y LA FAMILIA”

GARCÍA FRUTOS, LAURA

Trabajo de Fin de Máster

ÍNDICE

1. Introducción

2. Familia

Iglesia doméstica. Cuerpo, Esposa, Madre y Torre de Cristo.

3. Eucaristía

Jesucristo y su Espíritu, su amor humano-divino.

4. Relación entre la Familia y la Eucaristía

4. 1. La Iglesia hace la Eucaristía y la Eucaristía hace la Iglesia.

4. 2. María: mujer eucarística, sagrario vivo.

5. Frutos de la Eucaristía

6. Misión eucarística de la familia

7. Conclusión

8. Bibliografía

8.1. Documentos magistrales y eclesiales

8.2. Otra bibliografía

1. Introducción

El presente trabajo quiere poner de manifiesto la estrecha e inherente relación existente entre la familia y la Eucaristía. Partiendo de que la familia es Iglesia doméstica (LG 11) (FC 21), y que por medio del don del Espíritu Santo -derramado y donado en la Eucaristía-, va siendo configurada a Cristo, es posible afirmar con Juan Pablo II (2003), “la Iglesia vive de la Eucaristía”: “Fuente y cumbre de toda vida cristiana” (LG 11). La familia como Cuerpo, llamada a vivir en comunión con Cristo, su Cabeza, nada es sin el Dador de Vida, que no cesa de otorgar sus bienes para llevar a plenitud su obra amada. En el Cuerpo entregado y en la Sangre derramada, la familia encuentra su forma y su vida, su identidad y misión; descubre que la Eucaristía abarca la vida entera y que Cristo le precede con su Gracia. La Iglesia, al ser portadora del Misterio que habita en Ella, se constituye en sí misma testimonio vivo, trasluciendo así el Amor que ha recibido.

2. Familia

Iglesia doméstica. Cuerpo, Madre, Esposa y Torre de Cristo.

La familia es identificada desde el inicio del cristianismo como una *pequeña Iglesia doméstica* (FC 21) (Catecismo 1655-1658). Tanto San Juan Crisóstomo (In Genesim sermo VI, 2; VII, 1) (Kasper, 2014, p. 30) como San Agustín (Sermo XCIV; PL, 38, 580-581) (Rocchetta, 2002, p. 345) acuñaron este concepto, asemejando así la familia con la Iglesia y estableciendo un paralelismo en cuanto a las relaciones eclesiales que se encuentran dentro de ellas. Posteriormente el Concilio Vaticano II (LG 11) (AA 11) recuperó esta fructuosa expresión patristica, la cual sigue vigente en la actualidad alcanzando dimensiones insospechadas. Al ser entendida la familia como Iglesia, innumerables aspectos se pueden destacar de ella, San Juan Crisóstomo señala algunos:

“Contempla a la Iglesia... unas veces es esposa, otras hija; ahora es virgen, después sierva, ahora es reina; tal vez un monte o un paraíso, algo fecundo, un lirio o un manantial; todas estas cosas son la Iglesia”.

(Homilía de capto Eutropio 2, 9) (Semerano, 2004, p. 50)

La familia como Iglesia doméstica es ciertamente también Cuerpo, Madre y Esposa de Cristo, así como Torre que va siendo edificada.

En cuanto a su identidad como Cuerpo refiere San Agustín: “El Cristo total es Cabeza y Cuerpo: la Cabeza es el Hijo unigénito de Dios, y su Cuerpo, la Iglesia; Esposo y Esposa, dos en una misma carne” (Carta a los católicos sobre la secta donatista 4, 7) (San Agustín, 1994, p. 36), siendo así que no es posible separar la Iglesia, la familia de Dios (Benedicto XVI, 2009), de su Señor. Jesús llamó a sus discípulos para que estuviesen con Él (Mc 3, 14), son invitados a vivir en una íntima y profunda relación con el Señor, “¿me amas?” (Jn 21, 15); esta es la primera y más importante vocación de la Iglesia. Abrazando el Amor, la Iglesia es movida a vivir como un solo Cuerpo, en comunión: “Como tú, Padre, en mí, y yo en ti, que ellos también sean uno en nosotros” (Jn 17, 21). San Pablo entiende esta llamada a la unidad como fruto de la vida en un mismo Espíritu, el cual conforma el Cuerpo de la Iglesia y otorga a cada miembro un carisma particular (1Cor 12, 12-31), hasta llegar a afirmar, “tenían un solo espíritu y

una sola alma: nadie llamaba suyo propio nada de lo que tenía, pue lo poseían todo en común” (Hch 4, 32).

La Iglesia es también Esposa de Cristo Esposo, Esposa del Cordero (Ap 21, 9), de su Hacedor (Is 54, 5), nacida de su costado abierto en la Cruz por medio de la sangre y el agua que brotan de Él. En relación a ello San Juan Crisóstomo escribe:

“Símbolos del bautismo y de los misterios son aquella sangre y aquel agua. De una y otra nace la Iglesia, por el baño de la regeneración y de la renovación del Espíritu Santo, por el bautismo y por los misterios. Ahora bien, los símbolos del bautismo y de los misterios brotan del costado, por consiguiente, de su costado formó Cristo la Iglesia, como del costado de Adán formó a Eva. ¿Veis como Cristo unió a sí a su esposa? ¿Veis con qué alimento nos nutre a todos? ¡Con el mismo alimento hemos sido formados y nos nutrimos!”

(Catequesis bautismales, 7, 17-18) (Cantalamesa, 2000, p. 101)

Hoy la Iglesia puede exclamar con San Pablo: “Estoy crucificado con Cristo y vivo en la fe del Hijo de Dios, que me amó y se entregó por mí” (Gá 2, 19-20). Cristo no cesa de derramar su sangre desde el corazón abierto, sangre que redime, santifica y salva (Stein, 1939, p. 105); no desea otra cosa sino vivificar a su Esposa, unirla a sí mismo como su propio cuerpo y llenarla del Espíritu Santo (LG 39), de tal manera que bebiendo la Iglesia del costado pueda así saciar la sed en su presencia, pues “la gloria de Dios es el hombre viviente, y la vida del hombre es ver a Dios” (San Ireneo de Lyon, Contra las herejías IV, 20, 7) (Moreno, 2005, p. 125). La acogida dócil del Espíritu Santo va configurando a la Iglesia y llevando a plenitud esta obra tan amada que jamás escapa de sus Manos, la cual descubre en el Amor recibido y en la pertenencia a su Esposo (Ct 2, 16), una fecundidad única.

En referencia a la Iglesia en su condición de Madre, escribe San Clemente de Alejandría: “Hay una sola virgen hecha madre, y me gusta llamarla Iglesia” (Paedagogus 1, 6, 42) (Catecismo 813). San Cipriano de Cartago recoge también la dimensión de la Iglesia como Cuerpo y amplifica el concepto expuesto por San Clemente cuando expresa: “No puede tener a Dios por padre, quien no tiene a la Iglesia como madre” (Sobre la unidad de la Iglesia católica, 6; PL 4, 519) (Catecismo 181). La familia cristiana se hace testigo y partícipe de la maternidad de la Iglesia (LG

41), que no cesa de engendrar a la Vida, aun cuando para ello deba sufrir aflicción y dolores de parto (Gá 4, 19). La Iglesia nutre, anima y sostiene a sus hijos, suscitando en ellos la esperanza y el deseo de una vida más alta, más bella, más santa. La Iglesia es *Madre atenta*, que protege y guarda a sus hijos del maligno; es *Madre amante*, que no se repliega sobre sí misma y les lanza al encuentro con Cristo que es Amor; es *Madre clarividente*, que desenmascara las falsas ilusiones y disipa las tinieblas; es *Madre paciente*, que espera sin descanso la vuelta de sus hijos; es *Madre sierva*, que se inclina humilde a los pies de sus hijos para lavarlos y rescatarlos; es *Madre misericordiosa*, que abraza hasta lo más hondo y levanta del polvo sin humillar; es *Madre dolorosa*, que asume en sí misma el pecado y las dolencias de sus hijos; es *Madre universal*, que cuida a todos por igual, de los pequeños como de los grandes, de los ignorantes y de los sabios; es *Madre casta*, que infunde una fe siempre íntegra y conserva a sus hijos en ella; es *Madre prudente*, que vive para mostrar el camino de la salvación (De Lubac, 1953, pp. 266-267).

La Iglesia es además Torre, Edificio, Templo consagrado que va siendo edificado por medio del Espíritu Santo, de tal forma que sus miembros, como piedras vivas, son congregados y quedan ensamblados por la piedra angular: Jesucristo (Ef 2, 20-21). Hermas de Roma describe en sus visiones el diálogo con una mujer anciana, que le revela lo siguiente: “La torre que ves que se está edificando, soy yo misma, la Iglesia, a quien viste antes y ves ahora” (Pastor de Hermas, visión III, c. 3); es la Iglesia soñada por Dios desde la eternidad y para la eternidad, preconfigurada desde el inicio de la creación y preparada en la historia del pueblo de Israel, la que se manifestó por medio del Espíritu y llegará a su plenitud al final de los siglos (LG 2); es la Iglesia que peregrina con Cristo, su roca (Sal 18, 2), que es el mismo ayer, y hoy, y siempre (Hb 13, 8). La visión que tiene Hermas sitúa la torre sobre las aguas, expresando así que “la vida es salvada y será salvada por el agua” (Pastor de Hermas, visión III, c. 3); es el agua que mana como Río de Vida del Cordero (Ap 22, 1), que engendra a una Vida nueva a los que son sumergidos en ella (Jn 3, 3); es el agua viva que Cristo como fuente desea derramar para saciar la sed del hombre, que es, en sí mismo, sed de Dios; no cesa de salir al encuentro de su criatura, de buscarla con pasión (Ct 7, 11) para enriquecerla y colmarla. Las palabras de Jesús resuenan en su Iglesia con ardiente fuerza: “¡El que

tenga sed que venga a Mí y beba!” (Jn 7, 37), Yo “le daré gratis a beber de la fuente del agua de la vida» (Ap 21, 6).

Así como la Iglesia es constituida como un solo Cuerpo, formada y edificada por medio del Espíritu Santo en Cristo Jesús; así la familia, como Iglesia viva, es llamada a participar también de la Comunión que se le regala, a dejarse hacer y modelar por ese mismo Espíritu. Siendo así que la familia es entendida como Iglesia y la Iglesia como familia, ambas realidades son constitutivas la una de la otra.

3. Eucaristía

Jesucristo y su Espíritu, su Amor humano-divino.

Ante la *sed del hombre* Dios no puede si no derramarse en su criatura, desbordándose y descargando así diluvios de Amor sobre ella (Balthasar, 2002, p. 10). La Eucaristía es representada desde el inicio como el río caudaloso, fuente de sabiduría (Pr 18, 4) que no cesa de manar; acontecimiento que describe San Juan Crisóstomo cuando expresa:

“(Moisés) golpeó la roca y brotó la fuente de agua, nuestro pastor se acerca a la sagrada mesa, toca la roca espiritual (1Cor 10, 4) y le arranca una fuente espiritual. Por este motivo se levanta la sagrada mesa en medio de los fieles, semejante a una fuente que mana, con objeto de que los rebaños encuentren en derredor cómo saciar su sed: y el manantial saludable fluya abundantemente para que nadie perezca a causa del tormento de la sed”.

(Catequesis bautismales, 7, 4) (Pons, 2010, p. 30)

A la súplica que brota desde lo más profundo y auténtico del hombre: “Dame esa agua: así no tendré más sed” (Jn 4, 15), “danos siempre de este pan” (Jn 6, 34), Cristo responde entregando su propia Persona, ofreciéndose a sí mismo como el Pan de Vida (Jn 6, 35) y el Cáliz de Salvación (Lc 22, 20) (Pleg Eucarística II). Él es la respuesta al anhelo de su criatura, a su necesidad más honda. Con incansable paciencia permanece a la puerta del hombre llamando y esperando, para poder entrar y cenar con él (Ap 3, 20); como amado aguardando a la amada mientras susurra: “Ábreme, hermana mía, amada mía, mi paloma sin tacha; que mi cabeza está cubierta de rocío, mis rizos del relente de la noche” (Ct 5, 2). Él renueva una y otra vez su alianza y es fiel a su

promesa: “El que viene a mí no tendrá hambre, y el que cree en mí no tendrá sed jamás” (Jn 6, 35). En la Eucaristía queda patente la humildad y sencillez del Dios escondido (Is 45, 15) y anonadado; un Dios que ha elegido el pan como realidad pobre y simple, constituido únicamente de granos de trigo y agua (Berzosa, 2018). Un Dios que siendo manantial de agua viva (Jn 4, 10), se hace desierto, mendigo, sediento y necesitado (Jn 4, 7) (Jn 19, 28); que siendo Rey vestido de majestad (Sal 92), se muestra despojado y desnudo (Mt 27, 35); un Dios que siendo pastor (Jn 10, 14), guardián (Sal 120) y guía (Sal 76), se hace cordero, obediente y dócil (Is 53, 7); se hace pequeño en su grandeza, frágil y vulnerable en su fortaleza, pues el poder de Dios se consume en la debilidad (2Cor 12, 9) (San Ireneo de Lyon, *Contra las Herejías V*, 2, 3, 57-62) (Zañartu, 2013, p. 67).

“He ahí el Cordero de Dios” (Jn 1, 29): el Cuerpo de Cristo presente en la Eucaristía es el mismo Cuerpo del Verbo encarnado (EE 55), pues su carne es verdadera comida, y su sangre es verdadera bebida (Jn 6, 55). San Ireneo comenta esta realidad vinculada a los efectos y el alcance que tiene en la maduración y fructificación de quienes participan en ella:

"¿Cómo, pues, les constará que ese pan, en el que han sido dadas las gracias, es el cuerpo del Señor, y el cáliz de su sangre, si no dicen que él es el Hijo del Hacedor del mundo, esto es, su Verbo, por el cual el leño fructifica, y las fuentes manan, y la tierra da primero tallo, después espiga y finalmente trigo pleno en la espiga?"

(San Ireneo de Lyon, *Contra las herejías IV*, 18, 4) (Arráiz, 2014, p. 373)

También San Ignacio de Antioquía confirma la presencia de Cristo encarnado en la Eucaristía cuando escribe ante su inminente martirio: “El pan de Dios quiero, que es la carne de Jesucristo, el del linaje de David, y por bebida quiero su sangre, que es amor incorruptible” (Carta a los Romanos VII) (Solano, 1952, p. 44). Este deseo nacido desde las entrañas es reflejo del querer de Cristo, que anhela encontrarse con su criatura, tomarla, bendecirla, partirla y entregarse a sí mismo con ella y en ella (Lc 22, 19) (Mt 26, 26-28) (Mc 14, 22). Gracias a que Jesucristo hizo al pan cuerpo suyo (Tertuliano, *Adv. Marc*, 4,40; *PL* 2,460 C; *Sol I*, 143) (Gesteira, 1983, p. 436), el pan y el vino ordinarios son eucaristizados al incorporar y plasmar la acción de gracias de la Iglesia

(Gesteira, 1983, p. 434). De esta forma, en cada Eucaristía el Verbo se hace carne y habita entre nosotros (Jn 1, 14), cumpliendo así lo dicho a sus discípulos: “Yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo” (Mt 28, 20). La familia, pequeña Iglesia doméstica, experimenta por medio de la Eucaristía la presencia incesante, sanadora y salvífica de Cristo Resucitado; se experimenta abrazada, bendecida y habitada, y nace en ella el deseo de corresponder a esta entrega total e incondicional.

Por medio del Espíritu Santo, Cristo se ofrece y se entrega a sí mismo (Hb 9, 14), siendo así que “Él es la Palabra viva, el que habla y el discurso mismo, (...) coincidieron su voluntad y su esencia, y esta unidad fue el Espíritu Santo” (Balthasar, 2002, p. 10). Cristo no ofrece algo distinto de lo que Él es, siendo así que se muestra como la Luz del mundo (Jn 8, 12), como la Puerta (Jn 10, 7), como el Camino, la Verdad, la Resurrección y la Vida (Jn 14, 6) (Jn 11, 25). La Eucaristía, Beso de Resurrección (Oullet, 2018, p. 8) y abrazo íntimo y profundo (Juan Pablo II, 2000), es el encuentro más hondo de la criatura con su Hacedor, con un Tú que está vivo y es real. En la Eucaristía se entrega Jesucristo y en su Persona se derrama todo lo que Él es; de tal forma que dice y eso es, ama y eso es bueno, se da y eso es bello (Corbon, 2001, p. 38). Así, la familia, colmada del Amor humano-divino (Ratzinger, 2004, p. 13), puede decir con San Francisco de Asís:

“Tú eres fuerte, Tú eres grande, Tú eres altísimo, Tú eres omnipotente, Tú eres el bien, Tú eres amor, Tú eres sabiduría, Tú eres humildad, Tú eres paciencia, Tú eres belleza, Tú eres mansedumbre, Tú eres seguridad, Tú eres quietud, Tú eres gozo, Tú eres nuestra esperanza y alegría, Tú eres justicia, Tú eres templanza, Tú eres toda nuestra riqueza y satisfacción, Tú eres protector, Tú eres custodio y defensor nuestro, Tú eres fortaleza, Tú eres refrigerio, Tú eres nuestra fe, Tú eres toda dulzura, Tú eres vida nuestra.”

(San Francisco de Asís, Alabanzas del Dios Altísimo)

En la Eucaristía la familia encuentra colmada su necesidad y anhelo de Unidad, de Amor, de Belleza, de Alegría, de Bondad, de Paciencia, de Humildad.

El don incomparable de la Eucaristía abre también nuevos horizontes para la familia, que empieza a vivir un cielo anticipado al tomar, partir y repartir el mismo pan,

que es medicina de inmortalidad, antídoto para no morir, sino vivir por siempre en Cristo Jesús (San Ignacio de Antioquía a los Efesios XX) (Solano, 1952, p. 44). Acogiendo el Don, la familia se descubre envuelta y traspasada por una Vida que desborda lo imaginable y esperable, se encuentra con lo que el Amor tiene preparado y ha soñado para ella, con lo que ni el ojo vio y ni el oído oyó (1Cor 2, 9). Como Sor Isabel de la Trinidad, cada miembro de la comunidad puede afirmar desde esta experiencia: “He encontrado el Cielo en la tierra, puesto que el Cielo es Dios y Dios está en mí” (Sor Isabel de la Trinidad, Ep 110) (González, 1958, p. 339).

4. Relación entre la Familia y la Eucaristía

La Eucaristía es, como se ha relatado en el punto anterior, fuente y cumbre de toda familia cristiana (LG 11). A continuación, se describe cómo por medio de la Eucaristía la familia es introducida en el misterio que recibe y va siendo hecha y configurada a imagen del Amor, constituyendo así una sola carne con Cristo y pudiéndose entregar con Él y en Él. A sí mismo se muestra a la Virgen como modelo de esta acogida vivida en una libertad dócil a la voluntad del Padre, y se manifiesta como reflejo del Don que habita en ella; en María la familia aprende a hacer carne la Palabra, que se va entretejiendo en la Comunión que Cristo regala.

4. 1. La Iglesia hace la Eucaristía y la Eucaristía hace la Iglesia.

No es posible adentrarse en la Eucaristía sin ver en ella a la Iglesia, de igual forma que no es posible aproximarse a la Iglesia sin contemplar el acontecimiento por el que es ella misma. Del costado de Cristo en la Eucaristía sigue brotando hoy, junto con el agua y la sangre, la Esposa que surge de la carne y de la sangre del nuevo Adán (Gesteira, 1983, p. 240). La Eucaristía es, indudablemente, el sacramento del Esposo y de la Esposa, la Iglesia (MD 26), de manera que ya no son dos sino una sola carne (Mc 10, 8), por ello quien mira a la Iglesia, contempla a Cristo, y quien mira a Cristo contempla a la Iglesia. En contraposición a lo que se puede concebir, en la Eucaristía la Esposa se une al Esposo transformándose en Él. Así la familia, como Iglesia doméstica, va siendo configurada a impulsos del Espíritu a través de la comunión sacramental con el Hijo de Dios (EE 21), a semejanza de lo acontecido en las bodas de Caná: el agua derramada en

el cáliz es convertido en sangre; Cristo y su Iglesia se hacen un solo cuerpo en un misterio de amor y entrega (Gesteira, 1983, p. 220):

“En la Eucaristía el agua representa al pueblo, mientras que el vino representa la sangre de Cristo. Así pues, cuando en el cáliz se mezclan el agua y el vino, el pueblo se une con Cristo, y la multitud de los creyentes se une y se junta a Aquel en quien cree. Esta unión y conjunción de agua y vino en el cáliz del Señor hace una mezcla que ya no puede deshacerse, por esto la Iglesia no podrá por nada ser separada de Cristo”.

(Carta 63 de San Cipriano, un tratado sobre la Eucaristía) (Fontbona, 2007, p. 89)

El Espíritu, el agua y la sangre son, en unidad, los tres testigos del amor humano-divino, y esta unidad está estrechamente relacionada con la esencia más íntima de la Iglesia (Balthasar, 2001, p. 149), de la familia. La Eucaristía, comunión de vida divina y unidad del Pueblo de Dios, hace posible que la Iglesia subsista (Instrucción romana Eucharisticum mysterium, 6) (Catecismo 1325); aún más, el Espíritu humano-divino que es espirado junto al agua y la sangre de Cristo sostiene a su Iglesia, a la familia, la alimenta, la santifica y la vivifica (Balthasar, 2001, p. 194). La participación en el Cuerpo y la Sangre de Cristo nos transforma en aquello que recibimos (San León Magno, Sermón 63, 7) (LG 26); es el acontecimiento vivo que hace a la Iglesia y la familia ser ellas mismas: comunidad eucarística (Ratzinger, 2003, p. 128), Eucaristía con Cristo.

En la Eucaristía, *misterio de Comunión* (Santo Tomás de Aquino, *Summa Theologiae*, III, q. 80, a. 4) (SC 15), la Iglesia participa de un mismo pan y de un mismo cáliz, comunión del cuerpo y la sangre de Jesucristo, formando así un solo cuerpo en Cristo Jesús (1Cor 10, 16-17), que se entrega en una comunión perfecta de amor con el Padre y el Espíritu Santo (SC 8). La Iglesia es, por tanto, comunión viviente por medio del Espíritu (Catecismo 688), que le hace entrar en esta comunión de vida con el Padre y el Hijo, efusión de Amor entre los Tres (Corbon, 2001, p. 36), derramado en los corazones (Rm 5, 5). Gracias a la Eucaristía, por puro don y gratuidad, la familia vive en consonancia al designio salvador y a la vocación a la que ha sido llamada y convocada, que la define y constituye.

Con la certeza de que *Dios hace y el hombre es hecho*, la familia, igual que la Iglesia universal (LG 23), permanece en una escucha vigilante al susurro de la brisa suave (1Re 19, 12), del Espíritu, que no cesa de hacerle Bien (San Ireneo de Lyon, *Contra las herejías* IV, 11, 2, 21-25) (Orbe, 1996, pp. 143-144). En Cristo la familia forma también un solo Cuerpo, configurada por la unión de muchos granos (San Cipriano, Carta 69, 5) (Solano, 1952, p. 130), siendo cada miembro trigo de Dios, el cual llega a ser pan puro de Cristo (San Ignacio de Antioquía a los Romanos IV, 1-2) (Ayán, 1999, p. 153) en unidad y comunión con la Iglesia por obra del Espíritu Santo y en docilidad a Él. La familia está despierta para mendigar y acoger el agua de la Vida, el Espíritu que desciende como lluvia suave para empapar y hacer germinar la semilla que ha sido plantada:

“Así como el trigo árido no se puede hacer una masa sin humedad, tampoco el pan: así tampoco nosotros podríamos hacernos uno en Cristo Jesús, sin el agua que procede del cielo. Y así como la tierra árida, si no recibe la humedad, no fructifica, así también nosotros, siendo primero un leño árido, nunca fructificamos para la vida, sin la lluvia voluntaria superna”.

(San Ireneo de Lyon, *Contra las herejías* III, 17, 2) (Aróztegui, 2005, p. 90)

Los cristianos, conscientes de su pobreza e indigencia, de que nada son sin la Iglesia y de que todo lo reciben de ella, experimentan bajo la sombra de sus alas (Sal 17, 8; 36, 8; 57, 2; 61, 5; 63, 8; 91, 4) el Amor de Dios, que desciende a su criatura para levantarla a una vida mayor. San Juan Crisóstomo exhorta así a vivir enraizados a esta tierra de vivientes: “No te separes de la Iglesia. Nada es más fuerte que la Iglesia. Tu esperanza es la Iglesia; tu salud es la Iglesia; tu refugio es la Iglesia” (Homilía de capto Eutropio, 6) (SC 5). Por ello la familia se encuentra inserta en una comunidad más amplia de creyentes, sostenida y arraigada por la Madre Iglesia que la acompaña y alienta, y le entrega el Tesoro escondido y la Perla preciosa (Mt 13, 44-46).

Al ser Cristo mismo *el sacerdote y la víctima* (San Juan Crisóstomo, Epístola a los Hebreos, hom. 17; PG 63,128-129) (Gesteira, 1983, p. 41), es sellado el carácter sacrificial de la Eucaristía, que hace la Iglesia y es, a la vez, hecha por ella (Cervera, 2005, p. 4), pues el sacrificio de la Iglesia y el memorial de la pasión significan una misma cosa (Henri de Lubac, *Corpus Mysticum*, 72-73) (Gesteira, 1983, p. 329). El

hombre, que ha sido creado con entrañas de oblación, de ofrecimiento, de eucaristía (Ayán, 2016) (Berzosa, 2018), es llamado a participar en este sacrificio, a entregar sus cinco panes y dos peces y a sí mismo con ellos, a dejarse tomar y transformar, romper y repartir (Jn 6, 8-11); pues en verdad es justo y necesario, es deber y salvación del hombre dar gracias al Padre, siempre y en todo lugar por medio de Jesucristo (Pref. Plegaria Eucarística II). Por este motivo, la entrega de cada miembro de la familia que se hace por medio de Cristo, la entrega de sí mismos, aunque pueda parecer aparentemente pequeña e insignificante, tiene una profundidad y un alcance únicos, pues son tomados y transformados en el Amor.

4. 2. María: mujer eucarística, sagrario vivo.

María es un bello ejemplo para la familia cristiana, que descubre en la Eucaristía su pertenencia e identidad, y se deja hacer y modelar por el Don recibido. La familia ve en María el camino de la Santidad, que acoge primero el Amor para poder entregarlo después. María, imagen de la Iglesia y modelo para ella, Cuerpo, Madre, Esposa y Torre de Cristo llevada a plenitud, es hecha Eucaristía, mujer eucarística (EE 53), que vive “por Cristo, con Él y en Él” (Int. al Misal romano 151), en una íntima comunión con su Cuerpo al dejarse penetrar en todo su ser por su presencia (Benedicto XVI, 2005). María es una con Jesucristo, su inseparable vivir (San Ignacio de Antioquía, Carta a los Efesios III, 2) (Ayán, 1999, p. 107); al llevar en su seno el Verbo hecho carne, María se convierte en templo y sagrario vivo de la santísima Trinidad (Benedicto XVI, 2008), en casa de Dios (Benedicto XVI, 2012). Es modelo para la Iglesia en su docilidad confiada al Espíritu Santo (SC 33), pues de igual forma que María dice “Hágase”, y Cristo se hace carne en ella, el cristiano cuando comulga dice “Amén”, y Cristo se hace carne en él, ya que es el mismo Jesús el que se hace presente con todo su ser humano-divino en las especies del pan y del vino (EE 55). El fiat del hombre, como el de María, se funde en el sí de Cristo al Padre en una profunda unidad: “Me has preparado un cuerpo, he aquí que vengo para hacer tu voluntad” (Hb 10, 7-9) (Benedicto XVI, 2006).

Es el mismo corazón de Jesús sacramentado y entregado en la Eucaristía el que latía al unísono con el corazón ardiente de María, el mismo Jesús sacrificado en el altar, el que yacía en su regazo a los pies de la Cruz (Jn 19, 25) (EE 56). Hoy la familia, la

Iglesia, recibe en la Eucaristía la Carne de Jesús, el mismo Evangelio que manifestaron los discípulos; Cristo se hace presente de una manera totalmente nueva e inesperada, desea entrar y habitar en su pequeña criatura, en su cuerpo amado, en su familia, dándole a conocer su designio salvador: el amor del Padre. San Juan Crisóstomo refiere en este sentido:

“Cuántos dicen ahora: «¡Quisiera ver su forma, su figura, sus vestidos, su calzado!» Pues he ahí que a Él ves, a Él tocas, a Él comes. Tú deseas ver sus vestidos; más Él se te da a sí mismo, no sólo para que le veas, sino para que le toques y le comas, y le recibas dentro de ti”.

(Homilía sobre San Mateo 82, 4) (Solano, 1952, p. 400)

María vive en la continua escucha y fe obediente, acogiendo la Palabra (Lc 1, 38) y guardando y meditando el Don recibido (Lc 2, 19) (SC 33). María, madre del Mesías Rey, vive afianzada en la Promesa (Lc 1, 31-33), peregrina en la fe (LG 58), descansando en la serena certeza de que es amada y guiada, de que todo le sirve para el bien (Rm 8, 28). María vive con la mirada alzada, con los ojos puestos en las manos del Padre (Sal 123, 1-2): el Verbo y el Espíritu Santo (San Ireneo de Lyon, *Contra las herejías V*, 1, 3, 83-89) (Zañartu, 2013, p. 51), Espíritu que la configura a Jesucristo, siendo así una sola carne con Él, hasta el punto de decir: “Es Cristo quien vive en mí” (Gá 2, 20). De esta forma, la familia, la Iglesia, igual que María, es descrita por los Padres como ‘*Mysterium Lunae*’ (De Lubac, 2002, pp. 37-61) (Ratzinger, 2005, pp. 193-195), pues su resplandor es íntegramente reflejo de lo que ha recibido: no es luz por sí misma sino por Cristo que vive en ella. Cada familia podría asemejarse a la Luna, terreno pedregoso y arenoso, tierra desértica, aunque lejos de ser definida por su primera apariencia, es constituida por puro don como Luz fértil en la noche.

5. Frutos de la Eucaristía

Tanto Dios de nada necesita cuanto el hombre necesita de la comunión con Dios; Cristo se muestra mendigo para colmar, necesitado para enriquecer y otorgar bienes a cuantos se acercan hambrientos y sedientos a Él (San Ireneo de Lyon, *Contra las herejías IV*, 14) (Orbe, 1989, p. 89). Al manifestar Cristo: “Tengo sed” (Jn 19, 28),

“dame de beber” (Jn 4, 7), se revela la sed de Dios por el hombre, la sed que tiene de atraerle hacia Él (Jn 12, 32), de entregarle su Espíritu y Agua viva (Jn 4, 10) (Jn 19, 30) (Hch 2, 4); Espíritu Santo y Agua que descienden hasta su criatura para entregarle todos sus beneficios y hacerle partícipe de la naturaleza divina (2P 1, 4), la cual dimana sin cesar del Padre como Fuente y Origen y se derrama a través del Hijo (Gesteira, 1983, p. 445). Esta Fuente que emana tiene una anchura y una profundidad infinitas, siendo así que quien acude a ella no puede agotar la Vida que alberga. Por ello, la familia puede alegrarse por el Don recibido, y penetrar, cada vez más, en este misterio; convirtiéndose así en la alegría del Padre, el cual goza al verlos vivir con su misma Vida (San Efrén, Sobre el Diatessaron cap. 1, 18-19; SC 121, 52-53) (Argüello, 2006, p. 26).

La Eucaristía, entrega perpetua y eterna del Amor, confiere a quienes participan de ella la vida misma de Jesucristo Resucitado, el don del Espíritu Santo y sus frutos inmanentes, pues no hay distinción alguna entre lo que Dios otorga y lo que en esencia es: el Amor, la Esperanza, la Gratitude, la Alegría, la Paz. Gracias a la Eucaristía hoy se renueva lo dicho por el ángel Gabriel a María: “Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo (...) No temas” (Lc 1, 28-30). Cristo se hace presente con todo lo que Él es en medio de cada cristiano, de cada familia, cuerpo suyo, impregnando y llenando de vida hasta los últimos poros, tal y como afirma San Cirilo de Jerusalén:

“Al participar del Cuerpo y de la Sangre de Cristo, el cristiano es hecho concorpóreo y consanguíneo suyo, y así, al distribuirse por sus miembros su Cuerpo y Sangre, es hecho cristóforo, portador de Cristo”.

(San Cirilo de Jerusalén, Catequesis Mistagógica 4, 3) (Solano, 1952, p. 233)

Gracias a la Eucaristía la familia es traspasada por el Espíritu de Comunión, de Unidad, y llevada a vivir en el Amor Trinitario en el que es introducida. No hay nada mejor ni más bello que dejarse invadir por este Amor humano-divino y vivir a la altura del Espíritu, en comunión con el Padre y el Hijo. Así, la familia vive inserta en un misterio que le envuelve, le desborda y le plenifica. La Eucaristía hace posible que la familia viva también unida a la Iglesia, Cuerpo de Cristo, en comunión con todos los cristianos, con la Iglesia terrestre y celeste.

La familia recibe en la Eucaristía el Espíritu Santo, *Espíritu que les va cristificando* al acoger en docilidad la Palabra y dejarse hacer por ella. Al ser la familia partícipe del Amor y recibir esta transfusión de Vida, se va manifestando en su carne el mismo Cristo Jesús: su latir, su mirada, sus sentimientos, su pensamiento, sus palabras y silencios, su condición filial (LF 11). Así, “las obras que realizan en la carne son espirituales, pues es en Jesucristo en quien lo hacen todo” (San Ignacio de Antioquía, Carta a los Efesios VIII) (Ayán, 1999, p. 113); Cristo traspasa su vida y su vivir, manifestando a través de la familia cristiana los *signos que acompañan a quienes creen*: “Echarán demonios en nombre de Jesús, hablarán lenguas nuevas, cogerán serpientes en sus manos y, si beben un veneno mortal, no les hará daño; impondrán las manos a los enfermos y quedarán sanos” (Mc 16, 17-18).

6. Misión eucarística de la familia

El inmenso Don recibido en la Eucaristía, Cristo Resucitado, no puede ni debe quedarse escondido en uno mismo, pues corre el riesgo de ser infecundo; al contrario, la familia recibe la Luz para alumbrar así a otros, para iluminar con sus vidas el camino de la bienaventuranza, el camino de la salvación (Mt 5, 15-16). En Cristo, la familia reconoce quién es y a qué está llamada, y por la Eucaristía puede ser ella misma; porque es amada puede amar (Balthasar, 2002, p. 61), pues nadie puede entregar lo que antes no ha recibido. La familia participa de la misma caridad de Jesús que se dona a ellos en la Eucaristía, haciéndoles capaz de amar como Él los ha amado (FC 13); como Cristo, también llamado ‘el Amado’ por su identidad más verdadera en relación con el Padre - que acogiendo el Amor que recibe incesantemente del Padre vive para entregarlo-, así también la familia vive para entregar a Cristo, el Amor. Gracias a la Eucaristía la familia es introducida en el acto oblativo de Jesús y es implicada en la dinámica de su entrega (DC 13), siendo así que lo que la familia celebra y lo que está llamada a vivir es una misma cosa, una unidad (Nouwen, 1996, p. 6): la Eucaristía acogida y vivida es misión para que el mundo crea.

Hoy Cristo sigue diciendo: “Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida” (Jn 14, 6), y unida a Él, la familia tiene luz para avanzar en la misión que el Padre tiene preparada

para ella. Igual que la llamada del Padre precede a la respuesta de Jesús, que se entrega como consecuencia de ella (Cantalamessa, 1996, p. 8), también Cristo va por delante y concede a la familia la gracia necesaria para testimoniar el Evangelio (AL 63): la carne de Jesús (San Ignacio de Antioquía a los Filadelfianos V) (Ayán, 1999, p. 164). Por medio del Evangelio, el Espíritu ilumina la vida del cristiano y guía sus pasos; en el Evangelio, la familia descubre a Cristo Resucitado, el mismo Jesús que comulgan en la Eucaristía y va haciéndose carne en ellos.

El Resucitado exhorta a María Magdalena para que no le retenga en exclusividad (Jn 20, 17), sino que le lanza al encuentro de su Persona en la unidad con los demás. Así también el Resucitado, que se hace presente en la familia por medio de la Eucaristía, lleva inmediatamente a cada miembro y a la familia como cuerpo a la misión: “Ve y anuncia a mis hermanos” (Jn 20, 17) “lo que habéis visto con vuestros propios ojos, lo que contemplasteis y palparon vuestras manos acerca del Verbo de la Vida” (1Jn 1, 1). La familia, como “Iglesia peregrinante, es misionera por su naturaleza” (AG 2). La Eucaristía confiere al cristiano y a la familia una nueva mirada, la misma mirada de Cristo que entiende y vive la vida desde la confianza que tiene en el Padre (SC 77). La Eucaristía introduce a cada miembro de la familia en una relación personal y continua con Cristo, que habita y vive en él; así, es posible vivir todas las circunstancias de la existencia dentro de la relación con Cristo y como ofrenda a Él (SC 71). El Resucitado ha querido quedarse en la familia para iluminar cada acontecimiento, siendo así que cada miembro puede exclamar en el Espíritu: “¡Maranatha! Ven, Señor Jesús” (1Cor 16, 22), y dejar que Él se haga presente en cada momento: su mirada, sus palabras, su silencio, sus gestos, su mansedumbre, su humildad, su paciencia, su alegría y gratitud; pues todo lo que acontece va configurando en el Espíritu a la familia, que es llamada a ser Eucaristía con Cristo, y así, es misión para el mundo.

La familia es testigo del Amor al ser portador del mismo y permitir que por medio de sus vidas, de sus acciones, palabras y modos de estar y de ser, aparezca Cristo comunicándose en ellos (SC 85). Es testigo del Resucitado al vivir dócil al querer de Dios, dejándose hacer y ofreciéndose como hostia viva (Rm 12, 1), en una entrega que manifieste el testimonio alegre y convencido ante el mundo de una vida cristiana coherente e íntegra, allí donde Cristo les envía y les llama a anunciarlo (SC 85). El

Espíritu, acogido por la familia en la Eucaristía, les mueve a la unidad, y fundida en Cristo es transparencia del Misterio que hay en ella. Así, viviendo en el Amor recibido, quienes contemplan sus vidas podrán exclamar: “¡Mirad cómo se aman!” (Tertuliano, Apologeticum, 39) (Tertuliano, 2001, p. 159), y vislumbrar en ellos al Dador de tantos bienes.

7. Conclusión

La familia, pequeña y amada Iglesia de Cristo, recibe en la Eucaristía la Vida verdadera, el Agua viva que sacia su sed de amor, de plenitud, de unidad; recibe el cielo anticipado que les introduce en el Amor Trinitario. La familia, comunidad eucarística, es llamada a vivir el Misterio mismo que les va cristificando y vivificando, en comunión con toda la Iglesia, de quien recibe el Tesoro escondido: el Pan de Vida. La familia se descubre al comulgar portadora de Cristo encarnado y resucitado, sagrario vivo, capaz de amar en el Amor humano-divino acogido y testimoniar en el Espíritu la Luz que vive en ellos.

8. Bibliografía

8.1. Documentos magistrales y eclesiales.

Aldazábal, J. (2005). Ordenación general del Misal romano. *Centro de Pastoral litúrgica*.

Benedicto XVI. (2005). Homilía en la Solemnidad del Corpus Christi. *Celebrado en Roma el 26 de mayo de 2005*.

— (2006). Deus caritas est (Vol. 28, No. 5). *Ediciones Encuentro*.

— (2006). El Papa con las familias. Toda la enseñanza de Benedicto XVI sobre la familia. *Biblioteca de Autores Cristianos*.

— (2006). Homilía de la Santa Misa. *Celebrada en la plaza del santuario mariano de Altötting el 11 de Septiembre de 2006*.

— (2007). Encíclica Spe Salvi. *Librería Editrice Vaticana*.

— (2007). Sacramentum Caritatis: Exhortación apostólica sobre la Eucaristía (Vol. 51). *Ediciones Palabra*.

— (2008). Ángelus del Domingo 25 de Mayo.

— (2009). Discurso a la curia romana para el intercambio de felicitaciones con ocasión de la Navidad.

— (2012). Homilía de la Santa Misa. *Celebrada en la plaza de la Virgen de Loreto el 4 de Octubre de 2006*.

Biblia (2010). Versión oficial de la Conferencia Episcopal Española. *BAC, Madrid*.

Catecismo (1997). Catecismo de la Iglesia católica. *Roma: Iglesia Católica*.

Francisco (2013). Carta encíclica Lumen Fidei. *Bogotá DC: Ediciones Paulinas*.

— (2016). Amoris Laetitia: exhortación apostólica postsinodal sobre el amor en la familia. *Ediciones Palabra*.

Juan Pablo II. (1981). Encíclica Familiaris Consortio. *Ediciones Paulinas*.

— (1987). Encíclica Redemptoris Mater. *Ediciones San Pablo*.

— (1988). Mulieris dignitatem. *Ediciones San Pablo*.

— (1996). Creo en Dios Padre: Catequesis sobre el Credo (I) (Vol. 1). *Palabra*.

— (2000). Audiencia General del Miércoles 11 de Octubre.

— (2003). Carta Encíclica Ecclesia de Eucharistia. *Ediciones San Pablo*.

León XIII. (1896). Carta encíclica Satis Cognitum.

Pablo VI. (1965). Decreto Ad Gentes.

Ratzinger, J. (2003). La Eucaristía, centro de la vida: Dios está cerca de nosotros.

Edicep, Valencia.

— (2004). Convocados en el camino de la Fe: La Iglesia como comunión. *Ediciones Cristiandad.*

— (2005) La Iglesia: una comunidad siempre en camino. *Editorial San Pablo.*

Vaticano II. (1964). Lumen Gentium.

— (1965). Apostolicam Actuositatem.

8.2. Otra bibliografía.

Argüello, J. (2006). Caminar con los Padres de la Iglesia. *Managua: Graphic.*

Aróztegui, M. (2005). La amistad del Verbo con Abraham según san Ireneo de Lyon. *Anacleto Gregoriana.*

Arráiz, J. M. (2014). Compendio de apologética católica. *Credo Ediciones.*

Ayán, J. J. (1999). Ignacio de Antioquía. Policarpo de Esmirna. Carta de la Iglesia de Esmirna. *Ediciones Ciudad Nueva (col. Fuentes Patrísticas I), Madrid.*

— (2016). Para mi gloria los he creado (Is 43, 7). *Colección Tsàjena.*

Balthasar, H. U. V. (2001). Ensayos teológicos (Vol 2). *Ediciones Encuentro.*

— (2002). El corazón del mundo. *Ediciones Encuentro.*

Berzosa, M. V. (2018). Un gran amor abrazado en el corazón. *Conferencia llevada a cabo en Valencia, España.*

Cantalamesa, R. (1996). Los misterios de Cristo en la vida de la Iglesia. *Edicep.*

— (2000). La fuerza de la cruz. *Editorial Monte Carmelo.*

Cervera, J. C. (2005). La Eucaristía que edifica la Iglesia. *Teresianum: Rivista della Pontificia Facoltà Teologica e del Pontificio Istituto di Spiritualità" Teresianum"*, 56(1), 3-53.

Corbon, J. (2001). Liturgia Fontal: Misterio-Celebración-Vida (Vol. 37). *Palabra.*

De Lubac, H. (1953). Méditation sur l'Eglise. Traducción española: Meditación sobre la Iglesia. *Ediciones Encuentro, Madrid, 1988.*

— (2002). Paradoja y misterio de la Iglesia (3 ed). *Sígueme, Salamanca.*

- Fontbona, J. (2007). La cena del Señor, misterio de Comunión. *Centre de Pastoral Litúrgica*.
- Gesteira, M. (1983). La Eucaristía: misterio de Comunión. *Ediciones Cristiandad*.
- González, J. (1958). El Cantar de los Cantares: exposición mística. *Editorial San Esteban*.
- Kasper, W. (2014). El Evangelio de la familia. *Editorial San Pablo*.
- Moreno, J.L. (2005). La luz de los Padres. Temas patrísticos de actualidad eclesial. *Instituto Teológico San Ildefonso*.
- Nouwen, H. J. (1996). Con el corazón en ascuas: meditación sobre la vida eucarística. *Editorial Sal Terrae*.
- Orbe, A. (1989). Espiritualidad de San Ireneo. *Anacleto Gregoriana*.
- (1996). Teología de San Ireneo. Traducción y comentario del libro IV del Adversus haereses. *Biblioteca de Autores Cristianos*.
- Ouellet, M. (2018). La Mujer a la luz de la Trinidad y de María-Iglesia. *Humanitas: revista de antropología y cultura cristiana*, 23(89), 12-29.
- Pons, G. (2010). La Eucaristía en los padres de la Iglesia. *Editorial Ciudad Nueva*.
- Rocchetta, C. (2002). Los Sacramentos de la fe II: Sacramentología bíblica especial (Vol. 28). *Secretariado Trinitario*.
- San Agustín (1994). Escritos antidonatistas. *Biblioteca de Autores Cristianos*.
- Semerano, M. (2004). Misterio, comunión y misión. *Secretariado Trinitario*.
- Solano, J. (1952). Textos eucarísticos primitivos, vol 1: hasta fines del siglo IV. *Biblioteca de Autores Cristianos*.
- (1954). Textos eucarísticos primitivos, vol 2: hasta el fin de la época patrística (s. VII-VIII). *Biblioteca de Autores Cristianos*.
- Stein, E. (2016). Los caminos del silencio interior. *Biblioteca de Autores Cristianos*.
- Tertuliano (2001). Apologético. A los gentiles. *Editorial Gredos*.
- Zañartu, S. (2013). La salvación de la carne según Ireneo en Adversus haereses V, 1-14. *Teología y vida*, 54(1), 43-78.